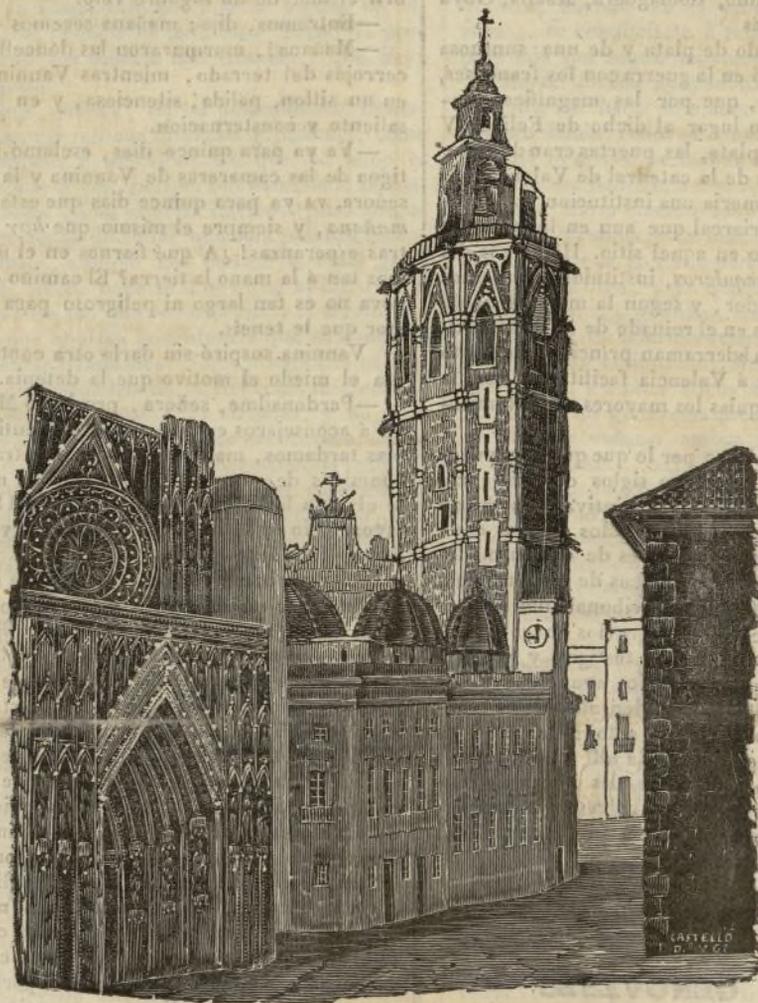


ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE VALENCIA.

Segun la opinion mas recibida, parece que durante la dominacion romana se elevó en el mismo sitio que la actual catedral, un templo en honor de Diana, que fue transformado por los Godos en iglesia de Cristo; posteriormente los moros eriguieron una mezquita la cual fue dedicada á San Pablo despues de la conquista por el Cid, hasta que últimamente quedó dedicada á nuestra Señora y declarada iglesia principal por D. Jaime el Conquistador. En 1262 fue reedificada por D. Andres Albalate, arzobispo de Valencia, y el papa Alejandro VI la renovó posteriormente á espensas propias.

Este suntuoso templo, aunque irregular en sus partes, es sin embargo agradable á la vista. Su fachada principal á la extremidad de la calle de Zaragoza es una caprichosa reunion de diversos géneros de arquitectura. Tiene tres puertas; las dos laterales del género gótico. La principal está adornada de un pórtico construido á

principios del siglo XVIII por los planes de Corrado Rodolfo. Al lado de esta puerta principal se eleva la torre llamada el Miguelete de figura octógona y de circunferencia igual á su base; termina en terraza y está coronada por una torrecilla pequeña que contrasta ridículamente con la estremada mole de la principal. Esta famosa torre no es notable mas que por su pesadez, y favorece poco al conjunto de la iglesia, si bien desde su elevacion puede contemplarse el magnifico panorama de la huerta de Valencia, una de las mas risueñas perspectivas del mundo.

La iglesia es de construccion gótica, á que se han añadido en el siglo último adornos de orden corintio. Tiene tres naves cuyas bóvedas estan sostenidas por pilares cuadrados adornados de pilastras estriadas. El coro es espacioso con dos órdenes de sillars, y separado del santuario por una preciosa reja de bronce.

En general el interior de esta iglesia es agradable en conjunto, aunque está demasíadamente recargada de adornos no todos del mejor gusto, y que destruyen la magestad primitiva del templo. La capilla de San Pedro es notable por las bellas pinturas á fresco que contiene, y todas las de la iglesia por los muchos y buenos cuadros de Juan de Juanes, Palomino, Romaguera, Maella, Goya y otros distinguidos artistas.

El altar mayor era todo de plata y de una suntuosa elegancia, pero desapareció en la guerra con los franceses, quedando solo las puertas, que por las magníficas pinturas que contienen dieron lugar al dicho de Felipe IV de que «si el altar era de plata, las puertas eran de oro.»

La vista de la portada de la catedral de Valencia nos trae naturalmente á la memoria una institucion antiquísima y verdaderamente patriarcal que aun en los tiempos presentes se ha conservado en aquel sitio. Hablamos del tribunal llamado de los *Acequeros*, instituido segun unos por D. Jaime el Conquistador, y segun la mas razonable opinion por los Sarracenos en el reinado de Alhaken Almostansir Billak, hijo de Abderraman principe que tanto se distinguió en favorecer á Valencia facilitando con la conclusion de las ocho acequias los mayores adelantos á su agricultura.

Este venerable tribunal que por lo que queda expuesto vemos que cuenta mas de nueve siglos de existencia ha conservado su forma peculiar y distintiva, y se compone de siete síndicos, labradores, elegidos por sus convecinos, los cuales se reúnen los jueves de cada semana, y sentados al descubierto en unos bancos de madera, bajo el pórtico de la Catedral, forman el tribunal, dan audiencia á los que vienen á quejarse de agravios en el reparatimiento de las aguas, alegando los testigos y pruebas necesarias, escuchan las defensas de los acusados, y las réplicas mútuas, y por último, deciden allí mismo verbalmente, y sin apelacion; y en el acto si la pena es multa se le exige al delincuente, ó de allí á pocas horas está cumplida la sentencia. Concluidas las horas de audiencia, aquellos honrados jueces regresan tranquilamente á sus pueblos por lo regular á pie y mezclados con los mismos acusados y testigos.

CORSOS Y GENOVESES.

VANNINA DE ORNANO (1).

I.

Era una tarde de noviembre, opaca, fria y tempestuosa, en que bramaba el viento sacudiéndose contra las sinuosidades de la playa; la mar furiosa se estrellaba en las rocas con un sordo y prolongado estrépito, y la espuma de las olas se elevaba hasta el balcon donde hacia tiempo que permanecía Vannina d'Ornano con sus doncellas, mirando todas atentamente la puesta del Sol que se sumergia triste y macilento en el oscuro horizonte donde no blanqueaba ni una sola vela.

—¡Tampoco esta tarde!, exclamó Vannina, exhalando un profundo suspiro.

(1) Esta novelita es del célebre poeta italiano Feliz Romani, autor de la *Norma*, el *Pirata* y de casi todos los librettos de las óperas modernas cuyos bellcos versos sostienen una noble competencia con las sublimes inspiraciones de los genios de la armonía.

—¡Tampoco esta tarde! repitieron sus doncellas con impaciencia y sentimiento.

Un largo silencio sucedió á estas cortas palabras. Vannina dió algunos pasos á lo largo del Belveder, levantando al cielo de cuando en cuando sus ojos llenos de muda tristeza; y como las tinieblas empezasen á cubrir el mar de un lugubre velo.

—Entremos, dijo; mañana seremos mas afortunadas.

—Mañana!, murmuraron las doncellas, corriendo los cerrojos del terrado, mientras Vannina se dejaba caer en un sillón, pálida, silenciosa, y en un estado de desaliento y consternacion.

—Va ya para quince dias, exclamó María, la mas antigua de las camareras de Vannina y la mas querida de su señora, va ya para quince dias que estamos fiadas en este mañana, y siempre el mismo que hoy se burla de nuestras esperanzas! ¿A qué fiarnos en el mar, cuando tenemos tan á la mano la tierra? El camino de Marsella á Génova no es tan largo ni peligroso para inspiraros el temor que le teneis.

Vannina suspiró sin darla otra contestacion, pues no era el miedo el motivo que la detenía.

—Perdonadme, señora, prosiguió María, si me atrevo á aconsejaros en negocio de tal entidad; pero cuanto mas tardamos, mas se empeora vuestra situacion, y los enemigos de vuestro esposo le urden mas asechanzas, y se olvidan las buenas disposiciones del Senado en vuestro favor. ¿No os lo ha escrito repetidas veces el ilustrísimo Señor Vivaldi?

Al escuchar Vannina este nombre se estremeció, tiñéndose por un momento de un ligero sonrosado la palidez de su magestuoso semblante: fijó en seguida sus negros ojos sobre un monton de papeles que cubrian la mesa, como buscando las cartas á que aludía María.

—Bajo cierto aspecto, prosiguió esta animada con el silencio de Vannina, y por algunas razones políticas... que no me toca averiguar os habeis dejado intimidar por ese vomita sentencias, ese pedante de Napon di Bastélica, primo del señor Sampietro, á quien habeis encargado el ir á solicitar cerca del Serenísimo Dux, como si desconfiaseis de las promesas del señor Vivaldi, ó de su influencia en los negocios de la república. He aqui lo que sucede: hace mas de tres meses que nos fastidiamos en esta tierra de Francia, donde se nos concede una hospitalidad estéril, un refugio de pura compasion, y mas vergonzoso que en cualquiera otra parte, pues nos le da una potencia amiga. Va ya para quince dias que aguardamos inútilmente el regreso de Napon, y mas inciertas que nunca acerca de nuestra suerte. Desde que partió ese verdugo ¿habeis tenido carta alguna de él? ¿os ha dicho siquiera que vivia? y ¿podreis, señora, persuadirnos á que se ocupa con zelo en su comision, siendo como es tan apático por carácter, tan triste, y siempre tan taciturno? No parece sino que tiene en los labios un canchudo, y que se le quita solo para contradecir. En verdad que á hallarme yo en vuestro lugar, ya hubiera alejado de mí á ese hombre peligroso...

Al oír esto se apodetó de Vannina una combalsion; apoyó la frente en sus manos con aire reflexivo, y despus dijo á María con voz trémula.

—¡Peligroso has dicho, María? y ¿por qué?

—No lo sé, contestó esta vacilando; pero á pesar de que lo procuro, no puedo persuadirme que no se nos haya reunido en Marsella sin alguna mala intencion. ¿No huyó de Córcega con vuestro marido? ¿no era obligacion suya el no separarse de su lado, tanto por ser su capitán, cuanto por el cercano parentesco que tiene con él? ¿Deberia considerar que en tiempos tan desgraciados necesitaba mas que nunca el ilustré proscrito de un fiel con-

confidente, pues el oro de los genoveses puede seducir aun á sus partidarios por el premio que ofrecen al que se lo entregue. ¿En donde ha dejado á Sampietro? Nos dijo que en París, y vuestros hermanos os escriben que no habia ido allá. Después nos aseguró que en Constantinopla, y el embajador de S. M. cristianísima respondió que no se tenia en Constantinopla noticia alguna de él. —¿Y que quieres deducir de todo esto, María? la preguntó Vannina con voz todavía mas trémula, ¿que haya vendido á mi esposo?

—Dios me libre, señora, de tal pensamiento! Demasiado unidos están así por sus intereses y pasiones, como por su índole áspera é inflexible. Lo que yo temo es que os haya vendido á vos, porque sois demasiado buena, confiada y generosa. ¿Qué espíritu infernal (pues ninguna de nosotras es capaz de soltar una sola palabra acerca de vuestros asuntos, aunque nos costase la vida) ¿que espíritu infernal, puede haberle dicho que el ilustre Vivaldi os habia aconsejado que recurrieseis á la serenísima república, para que anulara la sentencia que os confiscaba vuestras inmensas posesiones? Estas posesiones os pertenecen á vos, que descendéis de la Real casa de Ornano; á vos que estais dotada de todas las virtudes, y no á él, oscuro montañés de Bastelica, soldado aventurero, y que si algo vale, es desde que vuestros hermanos le proporcionaron la proteccion de la Francia y os obligaron á darle la mano. ¿No habeis oído á ese pajarraco de mal agüero disuadirlos del viaje que proyectabais á Génova; ¿viaje que hubiérais convencido al senado de vuestra lealtad y derechos, y le hubiera persuadido á que no despojase por causa de su padre á vuestros hijos inocentes? ¿No le habeis oído maldecir la perfidia de Vivaldi y del senado, y vituperar vuestro proyecto como degradante para la casa de Ornano, como vergonzoso para el nombre de Sampietro, y como una traicion á la Córcega? ¿y cómo en medio de esto habeis podido cegaros hasta el extremo de consentir que fuese en lugar vuestro á manejar tan sagrados intereses con ese mismo Vivaldi? ¿Cómo vuestra improvison os ha hecho fiar vuestra suerte y la de vuestros hijos á un malvado?

Callaba Vannina; pero quien la hubiera visto inmóvil y taciturna no hubiera podido menos de notar en sus ojos un extravío extraordinario, y acrecentarse mas la ordinaria palidez de su semblante.

Mas alentada cada vez María con el silencio de su señora, y las señales de aprobacion que advertia en sus compañeras, se disponia á continuar en su tenaz arenga; pero en aquel instante la lluvia que caia á torrentes impelida por las ráfagas de viento sacudia con violencia los vidrios de las ventanas cerradas, y el granizo sonaba sin interrupcion. Un vivo y repentino relámpago iluminó la estancia á pesar de los candelabros y bujía. Se sintió el sordo estallido del rayo en la playa, y su eco fue perdiéndose á lo lejos en el mar.

Vannina se levantó asustada.—¿Horrible noche? dijo como intimidada por un fatal presentimiento.

Las doncellas se santiguaron, diciendo en voz baja—Libradnos, Señor, de todo mal.

II.

—Retiraos, hijas mías, á vuestros cuartos, añadió Vannina: esta no es noche de velar por mas tiempo.

Al decir esto les alargó la mano que besaron todas respetuosamente. María fue la última, y al detenerse un momento en la puerta:

—Oh María! la dijo en voz baja Vannina, tendiendo hácia ella los brazos como si hubiese temido quedar sola. La fiel María acudió á su voz con el mayor desvelo y cariño.

—¡Oh María, volvió á decir Vannina sollozando, tus palabras me han intimidado, y no puedo ocultárselo á tí que has mamado la misma leche que yo mamé de tu madre. De jóven me sacrificaste tu juventud y hasta tu amor... No creas que he olvidado este sacrificio, María... y me acuerdo del pobre Guasco, cuya mano rehusaste, cuando me vi yo obligada á dar la mia á su amo... tu renunciaste á tus esperanzas, tus afectos y tu porvenir por seguir mi suerte.

María lloraba apoyando su frente en las manos de Vannina sin hacer el menor movimiento. El nombre de Guasco habia renovado una antigua herida, que ni la fortuna ni el tiempo habian logrado cicatrizar.

—No me habéis, señora, de sacrificios, exclamó vivamente María cuando echó de ver la estremada conmocion de Vannina; vos habeis sido verdaderamente mas desdichada que yo; vos perdiais á Vivaldi y teniais que casaros con otro, y yo quedaba á lo menos libre y dueña de mis pesares y gemidos, sin tener que dar á nadie cuenta de ellos. La consideracion de vuestro dolor reprimido y de vuestra resignacion me han consolado y servido de ejemplo... y ambas vimos sin llorar como salian de Bastia las galeras genovesas que se llevaban todas las alegrías de nuestra vida... ambas miramos sin llorar el horizonte inmenso... ¡Qué dia tan triste aquel, dia de una eterna despedida, mi buena señora! que ni vos ni yo le hemos deplorado, á no ser en esta noche fatal y de congoja en que participo de todos vuestros temores y de los presentimientos que esta borrasca y el estallido del rayo escitan en vuestro corazon.

—¡Que sea esta noche la última en que le deplorémos, María!... á lo menos yo, yo sola... pues en tí no pueden ser las lágrimas una falta. Dios tendrá presentes las que yo he contenido dentro del corazon, y me perdonará la imprudencia que he cometido al cabo de diez años en pedir ayuda y proteccion en mis pesadumbres á Vivaldi... Tu empero conoces la santidad de mis intenciones y la pureza de las tuyas; no lo he hecho sino por mis hijos, condenados tal vez por los yerros de su padre á morir errantes y pobres; ningun otro impulso le ha movido á él á ofrecerme sus buenos oficios mas que la memoria de las obligaciones que le estrecharan con mi padre, y la compasion que le causó mi desgraciada vida y mi casa abandonada.

—Dios es justo, mi buena señora; no se le ocultan todas vuestras penas, y ya habrá pesado en su balanza el bien y el mal de sus criaturas. El sabe de que artificios y terrores se valieron vuestros hermanos para arrastraros al altar como una victima; para entregaros á Sampietro, á ese hombre feroz, vengativo y orgulloso que os apresó como un gabilan de nuestra rocas á la tímida paloma. ¡Qué matrimonio, Jesus mio! que matrimonio!

Vannina se estremeció como si Sampietro lo hubiese estado oyendo, como si se encontrase con él ante el altar testigo de tantas angustias y lágrimas. Sin embargo se sobrepuso á aquel movimiento de terror, y con una voz suave y resignada,

—Es mi marido, María, dijo; es el padre de mis hijos.

Esto lo decia señalándola con la mano en el fondo de la estancia la alcoba donde reposaban sus prendas queridas.

—¿Y si vos los amais, repuso María con prontitud, ¿por qué habeis malogrado aquí tantos dias y tantas noches en una inútil expectativa? ¿por qué quereis dejaros cojer en los lazos de ese Iscariote de Naponé, que sabe vuestros secretos, yo no sé como, sin que os haya confiado uno solo de los suyos? ¿por qué estamos todavía en esta playa solitaria de Marsella, y privados así vuestros

hijos de los protectores que os prometió en Génova el generoso Vivaldi? Oh, mi señora, mi amiga y hermana! ya que la misma mano nos meció á entrambas, ya que hemos mamado la misma leche, poned un término á vuestras vacilaciones, y tomad una resolución digna de quien sois, y que la próxima aurora no nos coja aquí.... Está echado el dado.... y seámos ó no permitido este refugio prometido por la república, le habeis aceptado, ó por mejor decir pedido. La tierra de Francia no puede conveniros, ni tampoco á vuestros hijos. ¡Compadeceos de esos pobres inocentes!

Enagena con la fuerza de su discurso corria las cortinas de seda de la alcoba, y mostraba á Vannina la camilla donde dormían los dos niños, ignorando las angustias que ocasionaban á su madre.

Aunque la claridad de las bujías alcanzaba apenas al fondo de la alcoba, la penetrante vista de la madre, mas viva que ellas, divisó con su reflejo sobre las blancas almohadas los rubios cabellos de sus hijos, y percibieron despues sus oidos el suave respirar que salía de sus tiernos labios. Como impelida de un superior impulso se levantó: sus pálidas mejillas se tiñeron de un pasagero carmin, como cuando un relámpago dora instantáneamente las nubes nocturnas para desaparecer inmediatamente: dió un paso hácia la alcoba, y exclamó con un acento de voz imposible de espesarse.

—Partamos, oh hijos míos!... y suceda á vuestra madre lo que quiera el cielo.—

En el mismo instante se sintieron en las puertas exteriores de la habitacion fuertes aldavadas que resonaron hasta en los corredores interiores y en las galerías que conducian á la estancia de Vannina.... Detúvose toda temblando en el umbral de la alcoba, se abrazó con María toda asustada, y puso el oido al ruido que se prolongaba por fuerza.

—¿Quién puede llamar á estas horas? se preguntaron mutuamente al mismo tiempo.

En esto oyeron el ruido de las barras y las rejas.... ruido que les daba á conocer que el portero había introducido á alguno; en seguida se sintieron pasos en la escalera principal.

—No puede ser otro que Napone! exclamó Vannina poseída de una improvisa esperanza, y corrió á la entrada de la pieza.... Napone se presentó delante de ella como una aparicion envuelto en una gran capa y todo mojado.

—«El mismo viene tras de mí» dijo con ronca voz á Vannina que se precipitaba á su encuentro.

—«¡El!» dijo Vannina llena de alegría, el mismo, Vivaldi?

—«Vuestro marido» respondió tranquilamente Napone.

—Y Sampietro se dejó ver en el umbral de la estancia con su gigantesco talle y cubierto de su terrible armadura de guerra.

III.

A la repentina aparicion de Sampietro, dió María un grito y se abrazó á su señora, como si hubiese querido preservarla de un inminente riesgo. Vannina había quedado inmóvil frente á él.... y no fue á su encuentro como si tuviera clavados los pies contra el suelo. Pálida mas que nunca, y semejante á un espectro, pudiera decirse que la vista de su marido había hecho en ella lo que cuenta la fabula del horrible aspecto de Medusa. Sampietro entró lentamente en la estancia, echó al derredor de sí una ojeada feroz, como un leon que mide su caberna, y en seguida hizo señal á María de que se retirara y á Napone de que la acompañase. No se percibió otro sonido de voz sino el de un sollozo sofocado de la

doncella y el ruido de la puerta que se cerró al punto tras ella. Vannina, á quien no sostenia ya María, se dejó caer sobre un taburete, temblando de horror al considerarse á solas con Sampietro.

Despues de algunos instantes de silencio y de terror, se acercó el guerrero friamente á Vannina y le dijo:

—Mi llegada os ha turbado mucho, señora: veo que ni la aguardabais, ni la deseabais. La fama que se complace en proclamar mis desgracias y mis yerros, os habrá supuesto tal vez como imposible mi regreso, y así os lo habrán hecho creer los genoveses. Desengañaos pues! Sampietro llega repentinamente en alas de la tempestad.

Dijo, y dejó caer la capa en que venia embozado, presentándose con su cota de guerrero, azul, su colete de piel de búfalo con sus pistolas al cinto, y la mano derecha apoyada en el puñal. Dió un paso mas hácia Vannina, y prosiguió con tono fiero:

—Ni todos los genoveses, ni todas las tempestades, ni los mares han podido detener un solo instante á Sampietro! Todos los corazones de los verdaderos corsos han presentado ya mi llegada; de un extremo al otro de la isla en montes y valles, en castillos y ciudades se ha entonado el himno del rescate y de la venganza.... solo el corazón de Vannina de Ornano ha dudado de la dicha de Sampietro y de la Córcega, pues el corazón de Vannina es genovés.

A estas palabras dejó Vannina la humilde actitud en que hasta entonces había permanecido, y tuvo valor de mirar fijamente á su marido, y de decirle con magestuosa tristeza:

—El corazón de Vannina de Ornano jamas fue apreciado como debiera por el de Sampietro de Bastelica; ha llorado en silencio la guerra desastrosa que ajita años hace á su desgraciada patria; si ella ha manifestado algun deseo, ha sido el de ver terminadas tan sangrientas discordias, y restablecida la paz entre dos naciones tan estrechamente unidas con los intereses y vínculos de familia; y sin embargo, cuando una vez se llegó á desembainar la espada, el amor de la patria no se entivió en su corazón.... En cuanto al amor de su marido, le ha sacrificado sus tierras, sus rentas, sus tesoros....

—¡Y se ha arrepentido despues! exclamó con violencia y sarcasmo Sampietro; la generosa se ha arrepentido y ha deseado recobrarlas.... se ha humillado bajamente á los enemigos de Sampietro, pidiéndoles sus bienes, como si quisiese separar su suerte de la de su marido, ostentar un gran lujo en los sitios en que acababa de ser proscrito, y recrearse en el castillo manchado todavía con su sangre, y en que aun resuenan los gemidos de sus adictos asesinados.

Vannina se levantó entonces impetuosamente, mostró la alcoba en que dormían sus hijos, y respondió animosamente:

—La madre tuvo para con sus hijos la compasion que no cupo en su padre; por ellos solo le intimidó la pobreza en que los había dejado su marido.

—¡Miserable! la interrumpió Sampietro: te atreves á hablar de tus hijos cuando los has deshonrado juntamente con su padre! ¡Los hijos de Sampietro reducidos á recibir un pedazo de pan de la mano de quien pone su cabeza á precio! retenidos como rehenes de esa orgullosa república, y criados en la molicie de sus patricios, en el desprecio de las enérgicas virtudes de la Córcega, y acaso en el odio hácia su padre! Oh mujer! enseñándome tus hijos me has descubierto toda la torpeza de tu alma.

—¡Sampietro de Bastelica, exclamó entonces Vannina con un generoso resentimiento olvidas que estás delante de una descendiente de Ornano, de una mujer de ilustre cuna, y á cuya presencia se postraban los mas nobles

«gefes de la Córcega, y á quien tú mas que todos debieras respetar y honrar, no tanto como á tu mujer, sino como debe hacerlo un vasallo á su señor?»

—Hace ya mucho tiempo, replicó Sampietro, hace ya mucho tiempo que no reconozco ya señores corsos. Mi nobleza está escrita en caracteres indelebles con mi sangre, mi poder y mi espada. Tu nobleza se ha manchado con la infamia de tus acciones, y tu poder ha muerto con tu virtud.

Mientras esto decía se habia ido abandonando Sampietro á un furor sin límites. Chispeaban sus ojos bajo sus negras cejas como dos carbones escitados por un continuado soplo: su frente se arrugaba, los músculos de su rostro se contraían como en una convulsion, y su mano se sostenia en el puño de su puñal, apretándole violentamente, como un naufrago que luchando con las olas se agarra á la tabla en que espera librarse. En sola una mirada conoció Vannina todo el horror de su posicion, y volviendo á caer en su asiento, se deshizo en gemidos y derramó un diluvio de lágrimas.

—¿Y esperas, continuó Sampietro con una voz sofocada por la rabia, y esperas que consienta yo voluntariamente en el vilipendio de que quisieras cubrirme? ¿No sabes que el horror de Bastelica no puede quebrarse en tus manos como un fragil juguete en las de una niña? No has sido capaz de pensar que los hijos de Sampietro no han nacido para servir de pedestal á los opresores de su patria y ser esclavos de un Vivaldi?

Al decir esto echó á las rodillas de Vannina un paquete de cartas, y continuó con mayor exasperacion:

—En esas cartas escritas de tu puño y dirigidas á Vivaldi has firmado tú misma tu última sentencia. ¿Las reconoces? ¿recuerdas las deshonrosas espresiones que contienen?

—Las espresiones de esas cartas, respondió Vannina, son las que una mujer leal puede dirigir al mas leal de los caballeros; no son sino un testimonio de agradecimiento á las ofertas que se me han hecho en favor de mis hijos; las pruebas de un amor maternal, ciego á todo lo demas, menos al bien de ellos. No calumniéis mis intenciones, Sampietro, y respetadlas por el honor de vuestra esposa.

Sampietro se sonrió amargamente, y sacando otra carta la desplegó lentamente delante de Vannina y exclamó:

—Escucha como Vivaldi respetaba el honor de la esposa de Sampietro. Sentóse entonces delante de ella, teniendo desplegada la carta, rodilla con rodilla, y cara á cara como una serpiente que mira á una paloma. Entonces se persuadió Vannina de que Napone habia cojido su correspondencia, y que sus presentimientos y los de María se habian fatalmente verificado. No es dable espresar las angustias de su corazon.

Sampietro leía, deteniéndose en cada frase que podia tener un sentido equívoco, y clavando sus ojos en los de la desgraciada, para observar las impresiones que gradualmente le iba haciendo tan triste lectura:

«Vuestro aviso, Vannina, me ha colmado de alegría pues me manifiesta que consentis en mis propuestas y en los proyectos del excelente senado... se os concede una gracia completa á vos y á vuestros hijos, y se os restituirán mediante un contrato solemne todos los bienes de la casa de Ornano, dados á la república despues de la rebelion de Bastelica, asi que hayais prestado juramento á la misma, y consentido en que se declare á vuestros hijos pupilos de san Jorge, y en que lleven el apellido de Ornano, para que el de Bastelica no se perpetue en ellos por el proscripto Sampietro.... Concluid, pues, todo lo que puede deteneros, y poneos en camino á la llegada del mensagero, á quien confio esta

«carta. Yo iré á aguardaros á las fronteras de la república en un punto poco distante de Ventimiglia. Os aconsejo vengais por tierra, que es lo mas seguro en atencion á la estacion en que estamos. Cuando llegueis á Génova os retirareis á Voltri, á una risueña y agradable soledad como vos la deseais, lejos del tumulto del mundo, y en donde reinan la tranquilidad y la paz... Allí ¡oh Vannina! podré veros algunas veces, y escuchar el sonido de vuestra voz despues de tantos años de una tan cruel separacion: allí enjugaré vuestras lágrimas, y derramaré sobre vuestras llagas el bálsamo del consuelo y la amistad; allí tal vez la suerte feliz podrá hacer que germinen algunas flores en el sendero espinoso de vuestra vida...»

—¿Ah, todas las esperanzas de mi juventud se malograron!

—Y las de la edad madura, exclamó Sampietro, se han malogrado igualmente.... Yo, yo las he cortado.

—¿Vos, exclamó Vannina con un grito mal reprimido... ¿cómo? esplicaos.

—Yo, respondió tranquilamente Sampietro. Yo vengo ahora de Ventimiglia.

Y sacando inmediatamente su puñal le presentó á Vannina cubierto de sangre hasta la empuñadura.

—He ahí, continuó, he ahí todo lo que te traigo de Vivaldi.

Vannina se estremeció de horror: erizóronse sus negros cabellos, y una palidez mortal se estendió por su demudado semblante. Un movimiento involuntario de terror la hizo ir á levantarse de su asiento, pero Sampietro con su brazo de hierro la tuvo clavada en él, y la dijo en voz baja semejante á la de una fiera:

—Que tu sangre se una á la de Vivaldi.

Y ya tenia levantado el brazo para herirla, cuando una repentina reflexion le contuvo y dijo:

—No: la sangre de un noble corso no debe confundirse con la de un patricio genoves... ni aun por la muerte, ni aun por la mano del verdugo. Te respeto lo bastante todavia, oh mujer pérfida, para evitar esta deshonra á la que fue esposa de Sampietro.

Volvió á envainar el puñal, y sacó con violencia una pistola prendida en su cinturón.

Aprovechándose Vannina de aquel momento de vacilacion se habia echado á los pies de aquel furibundo. Se le habia desprendido el velo que pendia de su cabeza, sus cabellos desordenados caian sobre su cuello de alabastro, y estendia sus trémulos brazos, como para rechazar á la muerte que la amenazaba. No hablaba, porque el terror la tenia embargada la voz. Sampietro la miró en aquella actitud, y pareció que queria salir una lágrima de sus ajitados párpados.

—Oh! no me pidas gracia, exclamó con un tono de voz algo enternecida; no me pidas gracia, porque no puedo concedértela. He jurado vengarme, y el juramento de venganza de los corsos es inviolable. Antes conseguirias resucitar á Vivaldi que alcanzar tu perdón en esta hora terrible. Ruega por tu alma, pide gracia al cielo de tu crimen.

A estas últimas palabras se conmovió el alma de Vannina, y el sentimiento de su inocencia le permitió hablar por un momento.

—El cielo, dijo, es testigo de la pureza de mi vida, y conoce la rectitud de mis intenciones. El te perdone la sangre que derramas, y no te demande mi muerte! Hiere.

Diciendo esto se desabrochaba y presentaba su pecho á Sampietro. Sentíase conmovido, y su mano que apretaba la culata de la pistola se abrió poco á poco, pronta á soltarla. Pero cuando sus ojos repararon la faja

que ceñía el vestido de Vannina, la frente del terrible corso volvió á fruncirse colérica y lívida. La faja era blanca y encarnada, colores aborrecidos, porque eran los de la bandera genovesa. Tiró de ella, desciéndosela de un modo feroz, ... la cojió por ambas puntas, ... Quiso hablar, pero su voz salió ronca y semejante á un rujido; se apretaron sus dientes unos contra otros crujiendo con

un ruido de hierro, todos sus músculos se contrajeron de la cabeza á los pies como los de un león que va á lanzarse sobre su presa... Echó con ambas manos la faja de seda á la garganta de Vannina, y con ambas manos la apretó rabiosamente. No se oyó ni un grito, ni un solo gemido. Vannina estaba ya muerta de pesar y de consternación.



ANTIGUEDADES ROMANAS DE COSTÚR.

La villa de Costúr en el reino de Valencia ocupa la punta meridional del triángulo que forma con Figueroles y las Useras, siendo las distancias casi iguales de algo mas de una hora. Escolano en su historia no hizo mención de este pueblo, que acaso entonces no sería mas que un cortijo; pero las ruinas que aun existen indican que antiguamente fue población considerable. Apenas llegaban á 30 sus vecinos al principio del siglo, y hoy se acercan á 150, ocupados en la agricultura. La situación de Costúr es incómoda entre peñas desiguales y descarnadas, y sus casas están sin orden como plantadas por casualidad. Los frutos hacen una masa con los de la Alcora, de que hablaremos en otra ocasión. En una de las

casas de Costúr molian la sal sobre una losa caliza muy dura de palmo y medio de ancho, muy cerca de dos de largo y como cuatro dedos de grueso; es parte de una lápida sepulcral, y á pesar del abandono y frotacion continua conserva aun las letras siguientes:

FABIO CALISTO
AN LXXI
ET FABIO LUPO
AN XXXIII
PATRI ET FRATRI
PISSIMIS FECIT
FABIA CALITYCHE

que significan, «Fabia Calityche puso este monumento á

Fabio Calisto de 71 años y á Fabio Lupo de 54 sus buenos padre y hermano.»

Entre las ruinas inmediatas al pueblo se hallaron muchas monedas árabes, unas recortadas, y otras bastante enteras; cuyos caracteres se conservan, principalmente los del centro por uno y otro lado. Segun las leyó el señor D. Pablo Lozano, oficial primero que fue de la real Biblioteca, son todas de Omeddaulat, rey de Zaragoza, que empezó á reinar el año 503 de la Hegira, y murió en 524 que corresponden á los años 1109 y 1129 de nuestra Era. En una de sus areas se lee: «No hay mas Dios que el Señor. No tiene compañero.» Y en la opuesta: «Omeddaulat, el Prelado Hescham Elmuayed Billah Ahmed.» Las circuncripciones inmediatas á la periferia no se pueden leer, habiéndose borrado casi todas las letras, pero en las monedas de dicho rey, que se conservan en el museo de la real Biblioteca de esta corte, semejantes en metal y tamaño á las de Costúr, se leen de este modo. La que cierra la primer área: «En el nombre de Dios se acuñó esta moneda en Zaragoza año...» En la de la opuesta área: «Mahoma es el legado de Dios, quien lo envió con verdadera direccion y religion para que la manifeste sobre todas las religiones, aunque lo resistan los asociantes. De la analisis que el señor Don Pedro Bueno hizo, resulta que las monedas de Costúr tienen $\frac{13}{16}$ partes y $\frac{3}{16}$ de plata, $3 \frac{1}{2}$ de plomo y 83 de cobre. En la lámina adjunta se ven del tamaño natural, y las letras de la lápida con las irregularidades que tienen en el original de Costúr.

HISTORIA NATURAL.

HABITACIONES DE LOS ANIMALES.

La mosca de pared (*Xylocopa muraria*, Fab.) es negra con las alas de un color negro morado. Construye su nido con tierra muy fina de la que forma una argamasa que aplica á las paredes espuestas al sol, ó contra las piedras, y que en secándose adquiere una gran solidez. En lo exterior no tiene forma determinada, y se parece á un cerrillo de tierra, pero en lo interior está perfectamente construida y dividida en doce ó quince celdillas, en cada una de las cuales deposita pasta y un huevo. Otras dán á su nido la figura de una bola y le colocan sobre ramas de vegetales. Hay quienes á imitacion de la de la adormidera, emplean en su construccion porciones perfectamente obaladas ó circulares de hojas de encina, olmo, espino etc. que cortan con sus mandibulas con tanta prontitud como destreza. Las llevan á los agujeros rectos y cilindricos que han abierto en la tierra, y á veces en las paredes ó en el tronco podrido de los árboles viejos; entapan con dichas porciones de hojas el fondo de la cavidad, formando una celdilla que tiene la figura de un dedal, meten en ella la provision de que debe alimentarse la larva, ponen un huevo y le tapan con una cubierta plana ó un poco cóncava, hecha tambien con un fragmento de hoja. Construyen una nueva celdilla so-

bre la primera, y luego otra tercera y asi sucesivamente hasta que quede lleno el agujero.

La historia presenta una época señalada anterior á la del descubrimiento de la imprenta, y es la de la invencion del papel; pero he aquí un individuo que se presenta á disputar al hombre la gloria de este precioso invento, y este individuo es una *abispa*. Con pedacitos de corteza ó de madera vieja que saca con sus mandibulas y que reduce humedeciéndolos á pasta fina, hace unas veces papel, otras carton, segun el uso á que la destina en la construccion de su vivienda. Si necesita construir aquellos ligeros panales agujereados de celdillas, ó alveolos exágonos en que cria á sus hijos, dispone un papel sólido de un blanco pardusco plateado, y que tiene toda la lisura de un papel de escuela para escribir, y en este caso cada panal está sostenido por uno ó mas pedúnculos de carton. Cuando para abrigo de estos preciosos embriones tiene que envolverlos en una cubierta general, hace esta de un carton mas ordinario y fuerte, y capaz de resistir á la humedad.

La *abispa cartonera* (*Vespa nidulans*.) cuelga su nido de la rama de un árbol por medio de un anillo, y le fabrica de un carton muy fino. Le da la figura de un cono truncado, y los panales cuyo número crece conforme se aumenta la poblacion, le hacen adquirir un tamaño considerable; son circulares, pero cóncavos por encima y convexos por debajo, en figura de embudo y atravesados de un agujero central, y unidos á las paredes interiores de la cubierta general en toda su circunferencia. El pedazo inferior no tiene celdillas, y su abertura sirve de salida ó de punta única á todos los habitantes. Si la poblacion se aumenta, las cartoneras fabrican un nuevo fondo liso para sustituir al anterior que llenan de celdas. La *abispa* llamada (*Vespa crabro*) hace su nido en agujeros, y por lo comun en los troncos de los árboles. Es redondo, compuesto de papel ordinario color de hoja seca. Los panales, por lo regular en corto número están unidos unos á otros con columnas ó pilastras, de las cuales la del medio es mucho mas gruesa.

Las *friganes* son unos insectos muy bonitos que á primera vista se parecen bastante á las mariposillas nocturnas llamadas *falenas*. Vuelan principalmente por la tarde y por la noche al borde de los rios y estanques, y ponen sus huevos en el agua. La larva de ellos sale toda desnuda y sin defensa, y bien pronto sería presa de los insectos carnívoros, si no tuviese la industria de fabricarse una morada que le sirve de casa y juntamente de vestido y de coraza. Esta larva es prolongada y casi cilindrica, escamosa y provista de fuertes mandibulas y de un ojo pequeño á cada lado. Tiene seis pies, siendo los dos delanteros mas cortos, gruesos y fuertes que los otros. Sabe construirse una especie de vaina, por lo comun cilindrica cubierta de diferentes materias que encuentra en el agua, como pedacillos de paja, junco, hojas, madera, raices, granos, arenas, piedras y á veces hasta conchillas enteras, colocadas todas con mucha simetria; y estos materiales con hilos de seda contenidos en reservatorios interiores, semejantes á los de las orugas, y cuyos hilos salen igualmente de su boca. Lo interior de la habitacion forma un tubo abierto por ambos extremos para la entrada del agua. La larva lleva siempre consigo esta vaina, y nunca sale de ella voluntariamente. Si se la saca de ella la busca con empeño, y se da prisa á entrar cuando la ha encontrado. Para andar saca la parte anterior del cuerpo, se agarra á los objetos de alderredor con sus fuertes patas, y despues tira hácia sí su vaina arrastrándola sobre la arena.

CUADROS DE COSTUMBRES DE MADRID

OBSERVADOS Y DESCRITOS

POR EL CURIOSO PARLANTE.

Tres Tomos.

TOMO I,
1852 y 1855.

- I Introduccion.
- II El Retrato.
- III La calle de Toledo.
- IV La comedia casera.
- V Las visitas de dias.
- VI Las costumbres de Madrid.
- VII Los cómicos en cuaresma.
- VIII Isabel ó el Dos de Mayo.
- IX La Empleomania.
- X La Romeria de San Isidro.
- XI Un viaje al Sitio.
- XII El Prado.
- XIII Las casas por dentro.
- XIV 1802 y 1832.
- XV Tomar aires en un lugar.
- XVI El paseo de Juana.
- XVII El día 30 del mes.
- XVIII El amante corto de vista.
- XIX Las tiendas.
- XX El barbero de Madrid.
- XXI El poeta y su dama.
- XXII Las ferias.
- XXIII Riqueza y miseria.
- XXIV El campo santo.
- XXV Pretender por alto.
- XXVI La politicomania.
- XXVII El aguinaldo.

TOMO II.

1855 y 1858.

- I Las tres tertulias.
- II El extranjero en su patria.
- III La capa vieja.
- IV Las niñas del día.
- V El dominó.
- VI La compra de la casa.
- VII Los paletos en Madrid.
- VIII La silarmonia.
- IX Policia urbana.
- X La casa á la antigua.
- XI El día de fiesta.
- XII La casa de Cervantes.
- XIII El Diario de Madrid.
- XIV La procesion del Corpus.
- XV Las calles.
- XVI El patio del Correo.
- XVII Las casas de baños.
- XVIII El sombrero y la mantilla.
- XIX La vuelta de Paris.
- XX A prima noche.

TOMO III.

1857 y 1858.

- I Mi calle.
- II El día de toros.
- III Una visita á San Bernardino.
- IV El salon de Oriente.
- V El primer día en Paris.
- VI El duelo se despide en la iglesia.
- VII El cesante.
- VIII El alquiler de un cuarto.
- IX El romanticismo y los románticos.
- X Hablemos de mi pleito.
- XI La almoneda.
- XII De doce á una.
- XIII El coche simon.
- XIV Madrid á la Luna.
- XV Antes, ahora, y despues.
- XVI Escenas de buardilla.
- XVII El Teatro por fuera.
- XVIII Costumbres literarias.
- XIX Requebros de Lavapies.
- XX Una noche de vela.

Esta obra elegantemente impresa y adornada con lindas estampas (véase una de ellas), se vende en la librería de Escamilla, calle de Carretas, y en las provincias en las principales librerías.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.